

El imperdurable mente presente

La asfixia o los arrebatos del pulmón politizado.

La energía necesaria para la supervivencia emana de las reacciones de la oxidación biológica, considerando a ésta como un proceso enzimático por virtud del cual se metabolizan carbohidratos, ácidos grasos, y aminoácidos, terminando esto en bióxido de carbono y agua; con conservación de la energía biológicamente útil, el aire es el alma de las emociones, es el cuerpo del alma, es la materia insustancial de vida, es la transferencia básica de átomos de hidrógeno desde donadores hasta aceptores de este gas.

La asfixiante calidad del aire ya no obra con lentitud en este recién estrenado milenio, y nuestras emociones hábiles e instruidas se contraen anormalmente en una velocidad alarmante: estamos metidos en un posible **'bronquio', en una ¡bronquiota!**. El **bióxido de carbono politizado** y el **impuesto al oxígeno agregado** han provocado que en cada momento se adormezca y se extravíe la vida al grado de confundir a las vías respiratorias en espantosos ejes viales como sucede en la mayoría de las **ansiedades** más pobladas del mundo. La fuerza latente generada por la pureza del aire se ve ahora en dificultades y, a fin de cuentas, estamos a la espera de una posibilidad bioenergética más allá de los intereses político-económicos que el combustible muerto, antediluviano o fósil ha generado por los siglos de los siglos, y por los signos de los signos, **también**.

Este combustible fósil, que a todos nos está convirtiendo en una especie de fósil viviente, nos permite detectar que nuestro coeficiente emocional o **inteleaefectividad** necesita un nuevo aporte que nos permita vivir menos desinflados.

Del metabolismo a la metáfora:

En lo que llamamos cotidianidad o **metafísica súbita**, llama nuestra atención el proceso mecánico de hacer pasar aire al interior de los pulmones cuando éste nos falta, o bien cuando la cantidad de aire respirado suministra costos: primero la calidad de partículas contaminantes visiblemente respirables y su alto costo biológico; y segundo por la cantidad de dinero gastado e involucrado en cada mililitro de gas producto de la combustión. Millones de dólares y dolores. Calidad y cantidad. Simultáneamente. Nos damos cuenta de que no nos damos cuenta de esa situación. No nos damos cuenta de que el aire desaparece porque no lo vemos y, sin embargo, logramos palparlo con su ausencia, ¡Ay!, da miedo.

Es tal la importancia del aire que se considera como la **materia** que sostiene a la vida, y como ese hálito que al mismo tiempo nos reduce y expande. Nitrógeno y oxígeno, ecuación de vida. Y de aquí surge mi interés por referir mis ideas en esculturas inflables, en esculturas blandas, en esculturas hinchables.

Experimentando un cambio de volumen, planteo las esculturas inflables como polarizadores del equilibrio, **como soluciones verdaderas que no sirven para nada** y como aquello que adquiere importancia porque ya no se tiene. Intento mirarlas como un **respiro**; considerando al **respiro** como el anhelo de liberarse de este entierro material, corporal en el que nos hayamos, más allá de los límites que imponen las leyes de la naturaleza: en un suspiro, en un suceso. La vida es eso, un suspiro. Un suspiro de loco saurio o el aliento de Dios, **si es que existe. Loco tidiano se vuelve una transformación perpetua, entonces.**

Desafiar a la gravedad de la escultura, su fortaleza, y sus ángulos hasta

desorientarlos. Transformar la apariencia de lo duro en lo suave y verificar su

al aire de su propio encierro material, de atravesar la anatomía, biología, tiempo y razón de estos cuerpos escultóricos o *consistencias de vida*. Entre la piedra y el aire hay una clara y pesada diferencia: la permanencia y la volatilidad.

Si observamos que los cambios de posición del diafragma que se suceden en el interior de nuestro cuerpo o espesor de vida no son sólo los que motivan cambios en la cavidad torácica de nos-*otros* los seres aeróbicos, sino los que permiten también la expansión de los instantes; y en este escultórico caso, los instantes son retardados y expansionados con una duración de 30 segundos.

El cuerpo como metamorfosis semiótica o la insoportable brevedad del ser.

Los distintos valores politizados del sentido de la vida producen impulsos contráctiles en nuestro oxígeno social.

Pulmones humanos,
desnudos columpiándose como neumáticos.

Cuerpo idealizado
cuerpo respiro
cuerpo murmullo
cuerpo suspiro
cuerpo eco
territorio politizado
oprimido y castigado...

Y en esta crónica de un pánico anunciado, sobre la acera de nuestras responsabilidades estamos vulnerables, con los alvéolos subestimados, los sacos aéreos subconsiderados, y los epitelios llenos de revestimiento conceptual, y, por ello mismo, me despido con un suspiro.

La duración de la palabra brevedad, su concepto, su sustancia básica, su reacción química en nuestro interior es más breve que el tiempo mismo que nos demoramos en pronunciarla.

César Martínez Silva
México, D.F. Kaos, a julio de 2002.